

XIX

Cuando la joven llegó á su casa, era ya muy tarde; Misstris Rawlings vino á abrir la puerta y le dijo para tranquilizarla:

—No temáis nada, hija mía; nadie ha venido á buscar á vuestro amigo.

Mme. Cottin entró en el salón; allí se hallaba el Marqués, pálido, pero tranquilo, y al parecer resignado á todo.

—No traigo la suma que os es precisa para pasar á la India, amigo mío, dijo Sofía; pero si la necesaria para que salgáis de Paris dentro de una hora; mañana os enviaré más dinero: he vendido mi manuscrito, aun no sé por qué suma; mas por lo pronto me han dado seiscientos francos: ¡tomadlos y huid!; donde quiera que os detengáis, enviadme escrito con lápiz en un pedazo de papel el nombre del sitio, y ponedlo en el correo con mis señas: basta por esta noche, con que salgáis de Paris. Mariana, vé al instante á buscar un coche.

—¡Que el cielo os recompense el bien que me hacéis, hija mía! exclamó el Marqués de Caudi—

llac estrechando las manos de Sofía, á la vez que tomaba el pequeño paquete de monedas que ésta le presentaba, ¡y el cielo os lo pagará, no lo dudéis! me lo dice el corazón... No puedo, sin embargo, admitir toda esta suma...; vos estáis sin dinero; tomad parte de éste.

—¡No, no! ¡ni un sueldo! dijo Sofía; todo esto, y todo lo que reciba mañana, es para vos; ¡idos, señor, idos! ¡ponéos en salvo lo antes posible! ¡tiemblo por vuestra vida!

El Marqués abrazó á Sofía, saludó á su aya, y salió precipitadamente para tomar el carruaje que Mariana había hecho venir.

Eran las doce de la noche.

Cuando el ruido del coche hizo comprender que el anciano estaba en salvo, Sofía cayó de rodillas y dió gracias á Dios fervorosamente.

La joven apenas pudo dormir aquella noche, pensando, ya en el amigo de su padre, al que milagrosamente había salvado la vida, ya en que su novela iba á ver la luz pública.

¡Su nombre en letras de imprenta!

Al pensar en esto, sentía Sofía apoderarse de todo su sér un sentimiento extraordinario, mitad alegría, mitad terror, y que ella misma no hubiera sabido definir; la vocación literaria se despertaba en ella con una fuerza inusitada, y el amor á la gloria cantaba dentro de su alma un himno de triunfo, á la vez que experimentaba un temor invencible al fallo del público.

El día la halló despierta y vestida; en toda la noche había podido conciliar el sueño.

Con ansia indescribible empezó á contar las horas que la separaban de las cuatro de la tarde, que era cuando pensaba enviar á Mariana á cobrar el resto de lo que habían de darle por su obra: anhelaba también saber el parecer del librero.

—¡Si le habrá desagradado! se decía temblando ante esta idea; en ese caso tendría que devolver los seiscientos francos que me han dado... ¿y cómo? ¡Dios mío! ¡ya no están en mi poder, ni sé cuándo podría reunirlos de nuevo!

Dios, todo justo y misericordioso, no podía dejar de proteger á Sofía en la buena obra que había emprendido.

Mariana salió á las cuatro y volvió á las cinco con otro paquete de dinero y una carta que decía así:

«He leído, señora, con el más vivo placer el manuscrito que ayer adquirió mi hermana, y que es obra de vuestro eminente cuanto delicado talento: debo confesaros que su lectura me ha encantado, y tengo el mayor placer en ser el primero en aseguraros una brillante reputación literaria, que *Clara de Alba* inauguraré sin duda, y que crecerá más á cada obra que déis al público.

Os remito otros seiscientos francos, que con los que anoche os entregó mi hermana, hacen mil doscientos; es cuanto puedo dar por el manuscrito, hasta ver cómo le recibe el público, el que sin

duda le juzgará como el que es para siempre vuestro admirador respetuoso

E. MORIN.»

Sofía elevó al cielo los ojos, las manos y el corazón, dándole gracias con una plegaria muda y fervorosa.

No podía dar á Mr. de Caudillac por sí misma más que mil doscientos francos: pero su corazón le aseguraba que hallaría el resto.

—¿No me habéis asegurado, aya mía, dijo volviéndose á Misstris Rawlings, que Lady Morgan desea conocerme?

—Si por cierto: yo he enseñado de memoria á su hija vuestra bella poesia *Los Nidos*, y así por el mérito de estos versos como por lo que de vos le he dicho, desea conoceros, y cada día me encarga os suplique que la recibáis.

—Vamos á verla ahora mismo.

—¿Queréis ir vos?

—Sí, por cierto, he de pedirle un favor.

—¡Ah! ¿se trata del dinero que os falta para ese pobre caballero?

—Precisamente: ¿no hay muchas damas ricas que piden para los pobres? Yo que soy pobre también, pediré para un hombre que ha sido rico y poderoso, y á quien la desgracia persigue.

—¡Tenéis un alma de ángel! exclamó Misstris Rawlings; vamos, hija mía, y desde ahora os aseguro que Lady Morgan os complacerá.

Las dos mujeres salieron; al llegar al patio, Julieta entraba corriendo.

—A vuestro cuarto iba, señora, dijo á Sofía; un hombre desconocido me acaba de entregar este billete, y me ha dicho: para que lo déis en mano propia á Mme. Cottin.

Sofía tomó y abrió el papel, que decía así:

«Estoy en Belle-Isle, á tres leguas de París: sólo espero vuestra carta, para salir: que la entreguen al cura en el presbiterio, y no le pongáis sobre alguno. ¡Adiós, hija mía! ¡hasta que el cielo envíe á la Francia días más serenos!»

—Gracias, Julieta, dijo Sofía; y salió apresuradamente, seguida de su aya.